

suelvo: sois siempre mi bienhechora y mi madre.—Al decir esto, echó sus brazos al cuello de la Needle, apretándola contra su seno. Resplandecía en su mirada el afecto filial, la súplica, la compasion y el terror de verla perdida. Más dijo Julia con aquel acto improviso, que lo que dijera con sus muchas palabras. A mistress Needle le caían las lágrimas. Salió del cuarto de su dama de compañía, cabizbaja, como una criatura reprendida por su maestra, y más aún con el aspecto de nua sentenciada. Había pasado la tormenta del corazón de Julia al espíritu de la señora.

LXXIII

UNA HORA DE REMORDIMIENTO.

Mistress Needle tenía un alma naturalmente recta. Su buena índole natural había sido cultivada por una severa educación maternal, y por las enseñanzas religiosas de Miss Mary, la cual, si bien odiaba implacablemente al *papismo*, en materia de máximas morales había sido rigurosa sobre todo encarecimiento. Así la pía matrona llegó á la edad que tenía entónces acompañada siempre de una vida ejemplar y honesta; por voluntario estudio de virtud temía á Dios con toda sinceridad.

Con la mejor y más pura intención del mundo había procurado impedir los imaginarios errores de su hijo; aquel conato de retraerle de las novedades religiosas, le había impedido ponerse á examinar la intrínseca bondad ó maldad de las mismas novedades. Lo rechazaba todo en conjunto, en virtud de los anticipados juicios que formara en su primera edad; no había sido leve triunfo de Julia, haberla reducido á fuerza de razones á orar alguna vez á la Madre de Dios.

Con todo, las discusiones que nacieron en su casa y las singulares ocurrencias durante su estancia en el continente, habíanla forzado á conocer muchas cosas de la Religión católica; el fulgor de la verdad había penetrado á veces hasta el fondo de su alma. Había pasado, en su virtud, horas de secreto combate, tanto más tumultuosas cuanto más disimuladas. En Turín, en Génova, en Florencia, mayormente ciertas noches después de las disputas de John y Julia, su anglicana seguridad había padecido terribles asaltos. La lectura de las impresiones religiosas del hijo habían dejado en su espíritu una huella profunda, que vanamente trató de borrar; la muerte serena de sir Roberto después que abjuró

el protestantismo le había hecho pasar una noche de insomnio; en fin, los recuerdos de Lourdes erguiéndose con frecuencia en su pensamiento, observando que latía su corazón de un modo desconocido. Julia en todo esto adivinó plenamente la verdad.

Era indudable, sin embargo, que había ido extendiéndose un velo sobre las pasajeras veleidades de conocer la verdad. Las disputas con Bird le habían hecho caer de nuevo en el fondo del protestantismo; más no bien se tranquilizó su espíritu después del exterminio de la capilla independiente, las antiguas impresiones habíanse despertado vivísimas; además, por haber increpado la joven su mala fe, había interrogado á solas á su conciencia. Era preciso responder, resolverse, y tomar una determinación.

—¡Es cruel Julia! decía en su corazón mistress Nedle al salir de su cuarto. Es desapiadada para mí... me ofende y desgarrá el corazón sin sombra de respeto. Mientras así murmuraba su amor propio, una voz más poderosa sobreponíase á la pasión: era el remordimiento. ¡Açaso Julia dice la verdad!

Horrenda cosa es el remordimiento de un alma que hasta el día precedente se ha-

bía lisonjeado de vivir tranquila. Julia lo había desencadenado, razonable, serio é implacable. Nistress Needle, al entrar en su estancia, conoció que se acercaba para ella una noche sin reposo. Se dejó caer sobre un diván, dominada por las más angustiosas reminiscencias. Las fuertes rozones con las cuales había demostrado Julia la imposibilidad de que viviese con segura conciencia, escalonábanse delante de su pensamiento, resplandeciendo con una luz tan clara como insoportable.

No sabía en su mente burlarse de esta luz, ni sobreponerse á los reproches de su conciencia. ¿Cómo no confesarse á sí misma lo que la memoria le testificaba, esto es, que había conocido una y cien veces la parte debil de su fe?—¿No soy yo, decía, la que, al examinar los cuadernos de mi John, me atribulaba porque no podía contradecir su reflexiones católicas? ¿No soy yo la que, á fin de hacer cesar los latidos de mi corazón, desviaba de continuo las conversaciones religiosas? ¿No soy yo la que apagaba los ímpetus subitáneos del alma, sedienta de verdad, con desdén y disgusto violento? ¡Ay de mí! ¡Quizá soy el áspid sordo de los Salmos, que tapa sus orejas á fin de sustraerse á los encantos benéficos de

quien le quiere quitar el veneno! Tiene razón Julia, cien mil razones.

Seguia entónces la comparacion de su iglesia con la Iglesia romana, y no se podía ménos de inclinar ante la grandeza de la segunda, como tambien ante su inmoble y eterna majestad, eficazmente reinante por la fé una y universal, bajo el régimen de un supremo Jerarca, sucesor de San Pedro; igualmente no podia de ningún modo apartar la vista de aquel hervidero de sectas que se llaman protestantes, comenzando con la Biblia, terminadas con el destrozo de ésta, después que se destruyen recíprocamente, y caidas por fin en el mayor desprecio.—¡Hé aquí, añadía, por qué tantos y tantos de los mejores hermanos nuestros pasan á la obediencia de Roma! Están cansados de anarquía, y tienen sed de paz ¡Y la encuentran! Es un hecho; la encuentran: sir Roberto maldijo la iglesia mía, y murió tranquilo John le consideraba un hombre que, después de la tempestad, ha puesto el pie por último en tierra firme ¿Y yo? No, no; no quiero engañarme más, ni mentir á mi conciencia: no me siento segura—

Por casualidad aquella noche un temporal propio del estío se condensaba sobre

las cimas de los montes Cheviot, y caía el rayo con espesos relámpagos, que reverberaban en el espejo de la cámara donde mistress Needle combatía con sus ferales pensamientos. Moviése para cerrar las ventanillas, pero al coger el pestillo se le ocurrió:—¿Por qué temo esta luz...? ¿Es la conciencia insegura...! ¡Ah! ¡Si cuando surgieron las primeras incertidumbres, hubiese yo examinado y esclarecido el fondo de mis dudas...! Si á lo menos aquel día de Lourdes hubiese preguntado á mi alma: ¿Por qué te agitas? ¿Por qué tiembas...? Pero no; nunca he querido tomar una resolución después de un examen serio. A tomarla no me asustaría hoy el brillo de un relámpago.—

En esto murmuraba lejos un trueno prolongado. Mistress Needle abrió de nuevo una ventana con persianas para inquirir el estado de la atmósfera, y vió una nube obscurísima que acercábase á Parque verde; su fantasía, bajo los reproches de la conciencia, que iban en aumento siempre, creyó descubrir en la profundidad de la tormenta las amenazas del cielo:—Acaso... ¿quién sabe? soy culpable del pecado contra el Espíritu Santo, como dice Julia... ¡Y no se perdona ni en esta vida ni en la

futura...! Pero... ¿qué es? ¿En qué consiste? Voy á verlo.—

Recordaba bien mistress Needle que la Biblia menciona la blasfemia contra el Espíritu Santo, siendo irremisible, pero no sabía de ningún modo aplicarse aquel crimen, pareciéndole que tan horrendo delito nunca contaminara sus labios. Sin embargo, no concluía de tranquilizarse, sobre todo porque los fragores del trueno, cada vez más frecuentes, contribuían á exaltar su imaginación. Echó mano de las Concordancias de la biblia anglicana por Cruden; pudo hallar los textos de San Mateo y de San Márcos, penetróse de su contenido, estudió, se quiso defender, y no consiguió formar un concepto claro del delito, ni de la blasfemia contra el Espíritu Santo. Crecía su ansia, el corazón golpeaba su pecho como un martillo, y no podía tener paz si no aclaraba la duda tormentosa. No halló más salida que recurrir á Julia y solicitar sus explicaciones.